

A. M. HOMES

Días temibles



Tensiones familiares; crisis de pareja; personajes desnortados; el apasionado encuentro de una novelista transgresora y un corresponsal de guerra en un congreso sobre genocidios; un chat en el que asoma una historia de abusos sexuales a una menor; una jornada de compras en un supermercado que acaba con una candidatura a la presidencia de Estados Unidos; un encuentro en Disneylandia, donde el protagonista estuvo de niño en un último viaje familiar antes de que todo se desmoronase...

En los doce cuentos de este libro, A. M. Homes, pertrechada con afilado estilete, humor ácido y mirada implacable, retrata —o más bien disecciona— la sociedad norteamericana contemporánea, prestando especial atención a la Costa Oeste y la ciudad de Los Ángeles. Algunas de las piezas aquí reunidas son demoledoras, otras desternillantes, todas de una lacerante lucidez. Por las páginas de este volumen desfilan el consumismo, el sexo, la desolación, los secretos inconfesables, las crisis personales, el absurdo cotidiano, los escaparates de felicidad tras los que se agazapan las más sórdidas miserias...

Esta obra, que tiene la fuerza noqueadora de un gancho directo al mentón, demuestra que Homes no se anda con rodeos ni medias tintas. Sigue en plena forma como una de las más mordaces y despiadadas cronistas de las paradojas de la América contemporánea y de la familia como un entorno de tensiones, en ocasiones soterradas y en otras expuestas en carne viva.

Índice de contenido

Cubierta

Días terribles

Hermano dominical

¿De quién es la historia y por qué? No se la puede sacar de la cabeza?

Días de ira

Hola a todos

Todo genial menos por la lluvia

Muestra Nacional de Pájaros

Tu madre era un pez

La última vez que lo pasó bien

Sé mía

Un premio para cada jugador

Punto Omega

Ella se escapó

Agradecimientos

Notas

Para Katherine

HERMANO DOMINICAL

Ella está al teléfono. Él la ve reflejada en el espejo del baño, el auricular enganchado a la oreja como si fuera una controladora aérea o una agente del servicio secreto.

—¿Estás segura? —susurra—. No me lo puedo creer. No me lo quiero creer. Si de verdad es cierto, es espantoso... ¡Te aseguro que no sabía nada! Si hubiese sabido algo, te lo habría dicho... No, él tampoco sabe nada. Si hubiese sabido algo, me lo habría contado. Juramos no tener secretos entre nosotros. —Se interrumpe y escucha un instante—. Por supuesto, ni una palabra. ¡Tom! —grita—. Tom, ¿estás listo?

—Dame un minuto —responde.

Él se examina el rostro en el espejo de maquillaje de ella. Alza las cejas, enseña los dientes, sonríe. Luego vuelve a sonreír, más violentamente, enseñando las encías. Inclina la cabeza a derecha y a izquierda, comprueba dónde se producen las sombras. Enciende la luz y le da la vuelta al espejo para verse en el cristal de aumento. Una delgada aguja plateada penetra en la imagen, la reluciente punta de la aguja, rodeada de un halo de luz. Parpadea. La aguja se introduce en la piel, la mano sostiene la jeringuilla con firmeza. Inyecta un poco aquí, otro poco allá, es solo un retoque, un pequeño relleno. Más tarde, cuando alguien le diga «qué buen aspecto tienes», él sonreirá y su rostro se curvará amablemente, sin arrugas. «Son órdenes del médico», dirá. Tapa la jeringuilla, la introduce en el bolsillo de la camisa, levanta la tapa del retrete y mea.

Cuando sale del baño, su mujer, Sandy, le espera en el dormitorio.

—¿Quién ha llamado? —pregunta él.

—Sara —responde ella.

Aguarda un instante, sabe que el silencio le hará decir algo más.

—Susie ha llamado a Sara y le ha dicho que sospecha que Scott tiene una aventura.

—De todas las personas que conozco, Scott es la última a la que creería capaz de tener una aventura —apunta él con sinceridad.

—No he dicho que esté teniendo una aventura, he dicho que lo sospecha. —Mete el chal en su bolso de mano y le pasa la cámara—. No puedes salir sin esto —dice.

—Gracias —responde él—. ¿Estás lista?

—Mírame la espalda —dice, dándose la vuelta y alzando la blusa—, noto algo.

—Tienes un bichito —responde él, quitárselo.

En algún lugar de la casa de verano, suena un timbrado.

—Ya están las toallas —dice ella.

—¿Llevamos vino?

—He metido una botella de champán y zumo de naranja. Al fin y al cabo, es domingo.

—Al fin y al cabo, viene mi hermano —dice él. Su hermano Roger les visita en la playa una vez al año, como una tormenta tropical que todo lo transforma.

—Hace un día precioso —dice ella. Y tiene toda la razón.

Tom se sienta en una silla baja, mirando hacia el mar, con los pies enterrados en la arena. Justo frente a él, colgando del puesto del salvavidas, ondea suavemente una bandera norteamericana. Sus gafas de sol son su escudo y su generosa capa de crema solar blanca una especie de armadura futurista que le permite imaginarse que es invisible. Le parece que en la playa está permitido mirar fijamente, es como si uno no mirara directamente a las personas sino a través de ellas, al mar que está más allá de esas personas,

al horizonte que está más allá del mar, al infinito que está más allá del horizonte.

Mira cosas que de otra forma nunca se permitiría mirar. Mira fijamente. Está pasmado, fascinado por el cuerpo, por la gracia y la falta de gracia. Hace fotografías; «estudios», los llama. Es su costumbre, su hobby. ¿Qué busca? ¿En qué piensa cuando hace esas cosas? Es algo que se pregunta a sí mismo, percatándose de que con frecuencia piensa en sí mismo en tercera persona, un observador imparcial.

La playa se llena, se extienden las toallas y se abren las sombrillas como si fuera el decorado de una fiesta, y a medida que aumenta el calor los cuerpos van desnudándose. De entre todas las personas que están allí, solo él sabe qué es real y qué no. Los hay que se han matado de hambre y también quienes han extraído o reubicado sus grasas quirúrgicamente. Cada persona lo lleva de una manera distinta, los hoyuelos de los muslos, los michelines, las caídas inevitables. No puede evitar percibirlo.

Sus amigos charlan a su alrededor. No está lo bastante atento como para registrar quién dice exactamente qué, simplemente tiene una impresión general de la charla. «¿Cenasteis pescado ayer? Yo hice pescado. Lo compramos. A su hermano le encanta pescar. Me compré un collar. Nos compramos una casa. Me compré otro reloj. Está pensando en comprarse otro coche. ¿No te compraste uno el año pasado? Quiero cambiármelo. Tu casa es preciosa. Su mujer era guapísima. ¿Te acuerdas de ella? Imposible olvidarla. Tom salió una vez con ella».

—¿Solo una vez?

—No es la persona más sociable del mundo —dice su mujer.

Están hablando de él. Sabe que debería defenderse. Baja la cámara y se vuelve hacia ellos.

—¿Por qué siempre dices eso?

—Porque es la verdad —responde Sandy.

—Es posible, pero esa no es la razón por la que solo salimos una vez.

—¿Por qué no salisteis más entonces? —se interesa ella.

—Porque te conocí a ti —responde él, alzando la cámara de nuevo, como si pusiera un punto y aparte.

La intensidad de la luz es tan fuerte que para mirar tiene que entrecerrar los ojos, y aun así a ratos no puede ver nada, hay una sobreabundancia cegadora de luz y de reflejos. Piensa en una chica ciega que vivía en su barrio cuando era adolescente: Audra Stevenson. Era inteligente y muy guapa. Llevaba gafas oscuras y tanteaba la acera con un bastón que tenía una pequeña bolita en la punta. La veía bajar por la calle y se preguntaba si también llevaría las gafas en casa. Se preguntaba qué aspecto tendrían sus ojos. Tal vez eran muy sensibles: quizá vislumbraba algo, eso es al menos lo que pensaba él. Tal vez no era ciega en el sentido de que lo veía todo negro, sino ciega en el sentido de que veía demasiada luz, en el sentido de que veía todo como sobreexpuesto y cubierto de un blanco lechoso con algunos puntos de color aislados: un vestido rojo, una rama marrón, las sombras grisáceas de las personas. Una vez se lo preguntó. La asaltó en plena calle y se presentó.

—Sé quién eres —dijo ella—. Eres el chico que me mira cuando voy a casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy ciega —respondió—, pero no idiota.

La recogió en su casa y fueron del brazo hasta el cine. Durante la película le susurraba al oído una narración simultánea de la acción, hasta que al final ella le dijo:

—Ssshhh, si no paras de hablar no oigo lo que dicen.

Después de aquella cita Roger, dos años mayor, se burló diciendo que era tan tímido que nunca podría pedirle una cita a una «chica normal», aunque sin duda también porque había tenido una cita mucho antes que el propio Roger. Para Roger, ninguna chica era lo bastante buena: aquella tenía las cejas muy gruesas, la barbilla de Grace era demasiado

afilada, los ojos de Molly demasiado grandes, la risa de Ruthie demasiado aguda. Todas las chicas estaban a un minúsculo paso genético de tener un síndrome de algún tipo. Roger no paraba de burlarse, le gritaba «Tom, el menor» cuando se alejaba Audra, y a Tom aquello le mortificaba hasta tal punto —la seguridad de que Audra lo había oído todo— que nunca más volvió a hablar con ella.

Siguen hablando a sus espaldas. «Salmón del ártico, dorada, lubina chilena, pez espada, atún rojo. Salsa mole, chile poblano, sazonar, marinar, pesto, ragú, reducción teriyaki». Les encanta hablar de comida y deporte: correr, montar en bicicleta, tenis, pilates, zapatillas de deporte, dietas purificadoras. De la única cosa de la que ya no hablan mucho es de sexo; los que lo tienen no se imaginan sin tenerlo y los que no lo tienen recuerdan demasiado bien cuando lo tenían y no se imaginaban sin tenerlo. Así que ha quedado vetado. Tampoco se discute el hecho de que algunos de ellos tienen sexo con las esposas de otros, o lo que es lo mismo, se esconden a la vista de todos.

Se limita a escuchar a medias, piensa en las vueltas que da la vida. Si conociese ahora a estas personas no está del todo seguro de si sería amigo suyo, no está seguro de que quisiera salir a cenar con ellos todos los sábados por la noche, jugar al tenis con ellos todos los domingos, irse de vacaciones con ellos dos veces al año, ver las mismas películas que ellos, comer en los lugares en los que ellos comen, hacer todo el tiempo lo que hacen ellos juntos solo porque son una especie de club, todos preocupándose por qué pasará si él se aleja o hace algo distinto de lo que esperan de él. No se refiere al sexo, sino a otra cosa. Mira a sus amigos; sus mujeres llevan todas el mismo reloj, como si se tratara de un adorno tribal, un símbolo de estatus. Reflejos dorados bajo el sol.

Observa cómo agarran distraídamente puñados de arena y la dejan caer entre los dedos y los imagina como a niños con gorritos de tela, pasando arena de un cubo a otro

mientras sus padres charlan a su alrededor. Piensa en sus padres, ya muertos o abandonados, con sus ochenta años, atendidos por nuevos «compañeros» a los que conocen en rehabilitación o durante las vacaciones organizadas por los servicios sociales. Mira a sus amigos y se pregunta el aspecto que tendrán si consiguen llegar a los ochenta años. Los hombres parecen ajenos al inevitable envejecimiento, ajenos al hecho de que ya no tienen treinta años, al hecho de que no son superhéroes con superpoderes. Piensa en la noche, hace ahora un año, en la que fueron a un restaurante local y uno de ellos fue a coger algo del coche y cruzó la carretera corriendo como si pensara que brillaba en la oscuridad. Pero no brillaba. El conductor de un coche que se acercaba no lo vio. Su amigo voló por encima del coche y cuando alguien entró en el restaurante para que llamaran a la policía Tom salió, no porque estuviera pensando en su amigo sino por curiosidad, siempre la curiosidad. Una vez fuera, al darse cuenta de lo que había ocurrido, corrió hasta donde estaba y trató de ayudar, pero ya no se podía hacer nada. Al día siguiente, al pasar en coche por aquel lugar, vio uno de los zapatos de su amigo —se habían comprado los dos el mismo par el verano anterior— colgado de un árbol.

—¿A qué hora llega Roger? —pregunta alguien.

—No estoy seguro —contesta.

La esposa de un amigo se inclina y le muestra un punto rojo entre los pechos.

—¿Qué crees que es?

—Una picadura —responde.

—¿No es cáncer de piel?

—No es cáncer de piel.

—¿No es una infección?

—Una picadura —responde.

—¿Y esto de aquí? —Le enseña otra cosa, como si esperara una bonificación. El punto se encuentra en lo que su

padre solía llamar de broma «el solomillo», la parte interior del muslo.

—¿No tiene gracia que tu padre fuera carnicero y tú te dediques al negocio de la carne humana? —pregunta otro de sus amigos.

—Somos carne y hueso —responde él, apretando el punto con el dedo—. Una espinilla.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿No es cáncer de piel?

—No es cáncer de piel.

—¿No te parece una infección?

—Si no la tocas, desaparecerá enseguida —responde.

Le piden constantemente si puede entrar un segundo en el cuarto de invitados, en el baño, en la cocina, incluso en el vestidor porque quieren enseñarle algo. Es como si quisieran llevarle aparte para hacerle una confesión. La mayoría de las veces la respuesta es sencilla. Casi nunca es nada importante. Pero de cuando en cuando se lleva una sorpresa y le enseñan algo que le pilla desprevenido.

—¿Cómo has pillado eso? —pregunta.

—No lo quieras saber —contestan, pero al final siempre le cuentan mucho más de lo que le gustaría saber.

—¿En serio tu padre era carnicero? —pregunta la hermana de uno de sus amigos, que está de visita.

—Sí. Y hablaba de los cuerpos de las mujeres como si fuesen cortes de carne. «Chico, ¡qué buena carrillada de ternera! Esa chica tiene un asado de tira espectacular, relleno, firme y bien plantado». Y luego se reía de un modo extraño. Mi madre se creía artista. Se apuntó a una clase de dibujo con modelo cuando yo tenía once años y me llevó con ella, porque pensó que me gustaría. Allí estaba yo, sentado, sin saber adónde mirar. Al final el profesor me dijo: «¿No quieres dibujar tú también?». Yo no había visto un pecho en mi vida. Dibujarlo me parecía casi como tocarlo. Y lo dibujé una y otra vez. Luego miré el caballete de mi

madre y descubrí que ella había dibujado todo menos la mujer. Había dibujado la mesa con el jarrón, las flores, la ventana a lo lejos, las cortinas, pero no la modelo. El profesor le preguntó: «¿Y la chica?». «Prefiero las naturalezas muertas», respondió mi madre, «pero mire el de mi hijo, ¡a él sí que le parece guapa!».

—¿Y a qué vino esa maldad?

Él se encoge de hombros.

—Nunca debería haberte llevado a esa clase —dice Sandy—. Se burlaba de ti.

—Creo que a lo mejor llevo a Roger en barco esta tarde —dice uno de los amigos—, ¿te parece bien?

—Solo si vuelcas —responde enigmáticamente, y el amigo se ríe, porque sabe que lo dice en serio.

Frente a él, en la playa, un muchacho le pone crema a una mujer mayor. Imagina el tacto viscoso de la crema caliente por el sol, deslizándose sobre esa piel, la fricción. Imagina al muchacho pintando a la mujer con crema y usando a continuación la uña para escribir sus iniciales en la espalda. Piensa en la isla de San Bartolomé, hace años, un día en que Sandy estaba tumbada desnuda en la playa y él pintaba, cogía su pincel y hacía espirales sobre su piel. Pintó su cuerpo y a continuación la fotografió mientras ella se alejaba de él hacia la orilla. Al entrar en el mar la pintura se deslizó por su piel con un hermoso color. Más tarde, uno de sus amigos, el del barco, le confesó: «Me empalmé con solo mirarla». «Deberías intentarlo alguna vez», contestó él, «con tu mujer». «Oh, lo hicimos esa misma noche, pero no teníamos pintura. Solo encontré un bolígrafo. No es lo mismo».

—¿Algo de beber? —pregunta Sandy, devolviéndolo a la realidad.

—Claro —responde. Le sirve una mezcla de zumo de naranja y champán en un vaso de plástico y se lo ofrece.

Puede olerla, su perfume, la sal marina. Mientras se lo bebe le salpica un poco al brazo. Lo lame, le cosquillea la lengua la efervescencia, el sabor del cítrico, el del vino mezclado con la sal y el calor. Le parece extraño, no recuerda haber probado el sabor de su piel. Recorre con la lengua el antebrazo y recoge una mota de sangre de un rasguño de esa mañana. El sabor es agradable, lleno de vida.

—¿Roger sigue con esa mujer? —pregunta una de las esposas.

—¿Con su dentista? —pregunta él.

—¿Era su dentista? —pregunta el amigo.

—Así es, dejó a su mujer para follarse a su dentista.

—Y sigue con ella —dice Sandy.

—Cuando termina se enjuaga y escupe. Doy por hecho que ella no se lo traga —dice él.

—No seas vulgar.

Se pregunta cuándo llegará Roger. Por un lado, teme la llegada de su hermano; por otro, empieza a pensar que es un poco maleducado por su parte no estar ya aquí y no haber llamado siquiera para decir que llega tarde. Tom cierra los ojos. El sol está alto ahora. Siente cómo le quema la piel y de pronto, súbitamente, una sombra, como una nube, que cruza. Tiembla. Una de las mujeres, Terri, está frente a él con un plato de magdalenas.

—Proteínas y fibra, coge una.

Tuvo un cáncer de pecho el año pasado —una mastectomía— y seis semanas después estaban todos en su aventura anual de San Bartolomé. Cuando iban a la playa ella se quedaba en casa. Todos hablaban de ella a sus espaldas, preocupados por si hacían algo que la incomodara, hasta que al tercer día, justo antes del almuerzo, fue a la playa y se plantó frente a ellos. Él le hizo una foto. Ella empezó a desabrocharse los botones de la blusa. Él le hizo otra foto. Su marido se levantó para detenerla, pero una de las mujeres le agarró del brazo y le retuvo. Terri terminó de desabrocharse los botones y se abrió la blusa, dejando ver el

pecho superviviente y la marca roja de la cicatriz. Clic, clic, clic. Él hizo fotos y más fotos. Al final lo que resultaba asombroso de esas imágenes no era tanto la cicatriz como su gesto: aterrorizado, desafiante, vulnerable, aquel rostro envuelto en una danza de sentimientos, imagen tras imagen. Hizo unas copias para ella; fue una de las raras veces que permitió que alguien entrara con él en su estudio. Cuando abrió el sobre se puso a llorar. «Por mil razones», dijo. «Por lo que había perdido, por lo que quedaba, por cómo fuiste capaz de ver lo que nadie vio... Todos estaban demasiado ocupados mirándome la teta».

—Una comida entera en una magdalena —dice, dándole un bocado—. Perfecto.

Frente a ellos una mujer se quita unos pantalones cortos. El bañador se le ha metido en la raja del culo no muy elegantemente, dejando una nalga al descubierto, y ella se lo saca con un sonoro chasquido. Tiene el final del trasero «coagulado», como diría Sandy, un requesón de celulitis, y por debajo, unas varices que explotan en las piernas como fuegos artificiales.

—¿Cuando miras esas cosas no piensas en cómo podrías arreglarlas? —pregunta Terri.

—Lo más interesante es que a esa mujer no parece que le disgusten demasiado. A la gente que viene a mi consulta le disgustan sus cuerpos. No van a la playa ni se desnudan en público. Vienen a mi consulta con una lista de las cosas que quieren que les arregle, como un taller de chapa y pintura.

—Tal vez ni siquiera se da cuenta de lo desagradable que es.

—Tal vez —responde él—, y tal vez sea mejor así.

Piensa en Botox y Restylane y en tratamientos láser para las varices y el rostro y a veces se siente como un comisario artístico, como el tipo que se sienta a tu lado en una cena y resulta que trabaja en el Metropolitan retocando obras de

arte cuando se agrietan o les afecta una humedad del techo.

Piensa en la época en que fue como voluntario con un grupo de médicos a hacer el bien durante cinco días a un lugar muy pobre; una especie de recompensa espiritual por la fortuna que habían ganado con los modernos procedimientos estéticos. Arregló paladares hundidos, trató ronchas en la piel, puso vacunas comunes. «He oído hablar de eso», dijo su madre. «¿Cómo se llama, Médicos Sin Estudios? A lo mejor puedes llevarte a Roger la próxima vez, es un dentista excelente. Todo el mundo necesita un buen dentista, no importa que sean pobres o ricos. Estaría bien que hicieseis algo juntos».

—¿No te parece que a lo mejor prefiere jugar al tenis?
—pregunta el amigo—. ¿Qué le divertirá más a Roger, jugar un todos contra todos o salir a navegar?

—No tengo ni idea —responde él—. No soy Roger.

—Siempre se pone así cuando viene su hermano —dice Sandy.

—Roger lleva robándome los amigos desde los cinco años.

—Tus amigos son amables con él porque es tu hermano. Roger no te los puede robar.

—Roger piensa que son sus amigos. Le dice a todo el mundo que él era el favorito, que yo no fui más que un accidente, una ocurrencia de último minuto.

—¿Y lo fuiste? —pregunta alguien.

—Tienes que superarlo —dice Sandy—. No durará mucho.

—Ya está durando mucho.

—Tienes unos amigos agradables. ¿Quién no los querría? —dice la hermana, que está de visita. Al darse la vuelta se le cae la parte de arriba del bañador y él mira de manera automática; tiene unos pezones grandes y marrones, más bonitos de lo que habría podido imaginar.